

cincuenta. Al ser, desde sus comienzos, una plataforma conservadora, sorprende su paso de un catolicismo radical al activismo para la emancipación de la mujer, pero es lo que realmente sucedió y está más que demostrado en este artículo rico en fuentes primarias. No olvidemos, tal y como señala la profesora Valiente Fernández que durante el periodo franquista a las mujeres les seguían faltando algunos de los derechos más básicos. Valga como ejemplo su situación de inferioridad de cara al matrimonio. Una mujer casada era considerada como menor de edad; “hasta mayo de 1975 necesitaban el permiso de su marido para firmar un contrato de trabajo o para ejercer el comercio”. En estas páginas se puede leer la difícil relación entre las Mujeres de Acción Católica y unos cuantos prelados, se trataba, sin lugar a dudas, de una asociación incómoda dentro de la rigidez del sistema católico de aquella época.

La segunda parte del libro está dedicada a la “dialéctica del feminismo”. Aquí encontramos cinco aportaciones que abordan aspectos conceptuales de la vida moderna. Empieza con el trabajo de la profesora Irene Strazzeri, de la Universidad de Foggia, que, en italiano, nos detalla la labor de la filósofa y politóloga Nancy Fraser y su empeño en “minare il modelo di sfera pubblica borghese” según los criterios habermasianos explicitados en la obra *Historia y crítica de la opinión pública* (1962). El pensamiento de Fraser llega al extremo de declarar que “la esfera pública en realidad nunca ha sido realmente pública” chocando así con el concepto de armonización del Estado con la sociedad civil propuesto por Habermas. Carmen González Marín reflexiona sobre “la percepción del feminismo constituido en institución” (destacando los peligros de “platonización y esclerotización normativas” que a ello se vinculan) y sobre “la evolución en los Estudios de Género”. Con extremada franqueza y no poco valor, la profesora admite que el feminismo sirvió para lograr derechos civiles, autoconciencia, nuevas formas de vidas, pero también mistificaciones, victimismo, desesperanza. La obra sigue con la aportación de Sonia Reverter Bañón, quien, parafraseando a Zygmunt Bauman y su famosa expresión de “modernidad líquida” (referida a su vez al concepto de “derretir los sólidos” propuesto por Marx y Engels) que aludía a la necesidad de disolver todo aquello que persiste en el tiempo para poder así “liberar al mundo de los sedimentos y residuos del pasado”, se pregunta si “la agenda de igualdad de género ha perdido soli-

dez”. Begonya Saez Tajafuerce escribe sobre lo que llama “feminismo de frontera”, esa nueva etapa de expresiones post-feministas que se empezaron a difundir a partir de los años ochenta y que pusieron a la mujer en el medio de un proceso de revisión. El último capítulo, escrito por la profesora Rocío Orsi Portalo, vuelve al siglo XIX y se centra en la literatura, más concretamente en la obra de Mary Wollstonecraft Shelly, y su famosísimo Frankenstein con todo lo que de filosófico ese libro contiene.

En definitiva, nos encontramos delante de una obra colectiva de alta calidad, que reúne diferentes ensayos dedicados al cambio de ritmo de la sociedad contemporánea a lo largo de dos siglos de historia, el XIX y el XX. Se trata sin lugar a dudas de una lectura altamente recomendable para toda la comunidad científica y para cualquier lector interesado en los estudios de género, que además contribuye al avance de los estudios de la cuestión que aquí hemos tratado.

Cenarro, Ángela, *Los niños del Auxilio Social*, Madrid, Espasa Calpe, 2009, 308 pp.

Por Sandra Souto Kustrín
Instituto de Historia (Consejo Superior de
Investigaciones Científicas)

La doctora Ángela Cenarro, profesora titular de Historia Contemporánea en la Universidad de Zaragoza, ya había dedicado un magnífico y novedoso estudio a Auxilio Social, *La Sonrisa de Falange* en la guerra civil y en la posguerra, como se indicaba en el título (Barcelona, Crítica, 2006). En dicho libro presentaba un completo análisis de la evolución de la organización: su origen en el fascismo falangista y sus vinculaciones y similitudes con organizaciones asistenciales fascistas europeas, su *reconversión* al nacional-catolicismo sin no pocas luchas internas, su estructura o las instituciones que creó. En esta nueva obra va más allá, a la vez que complementa a la anterior, al analizar las vivencias de los niños que estuvieron en dicha institución, frente a la propaganda del régimen dictatorial y a las escasas páginas dedicadas a dichos niños en su anterior estudio.

Basado principalmente en testimonios de hombres y mujeres que pasaron por los hogares de Auxilio Social de diferentes lugares de España, el libro es también una investigación que se apoya en

unas fuentes bibliográficas y documentales muy completas y en los grandes conocimientos de la autora. Y si, como ella dice, “los trabajos sobre la infancia son todavía escasos, y rara vez los niños y las niñas son considerados sujetos de la historia” (p. 17), más raros son aún los estudios que traten sobre las memorias de estos niños y que conjuguen memoria e historia. Las entrevistas orales permiten conocer el perfil político y social de las familias de los niños recogidos por Auxilio Social, rompiendo con la idea de que todos eran “hijos de rojos”: había también muchos “hijos de la miseria” de la posguerra. Destacan también el abismo entre los discursos y propuestas oficiales de Auxilio Social y la realidad cotidiana de los hogares, que no permitieron a la organización ser la *sonrisa de Falange* como pretendía, aunque tuviera cierto grado de éxito en propiciar el consenso en torno a la dictadura franquista.

El libro parte de un análisis de los “niños de la guerra” –la situación de la infancia y de las políticas dirigidas hacia ella por las autoridades de los dos bandos enfrentados– y muestra cómo el final del conflicto bélico hizo aparecer un colectivo social claramente definido, el de los “niños abandonados”, hijos de aquellos que estaban en la cárcel, que no habían podido reunirse con sus padres para salir de España o eran difíciles de identificar, que fueron quienes entraron mayormente en los hogares de Auxilio Social en 1939-1940. El decreto de protección a los huérfanos de la “Revolución Nacional y de la Guerra”, de noviembre del último año, dejaba claro que se dirigía principalmente a los huérfanos de los vencidos, necesitados de una “cuidadosa atención” para crear *hombres nuevos*, “activos servidores de una España justa” (p. 70). Y aunque Auxilio Social no tuvo el protagonismo absoluto que hubieran deseado sus dirigentes, jugó un papel importante, y la asistencia social fue la fórmula que el sector más radical de Falange utilizó para crearse un espacio de poder en los primeros años de la dictadura, aunque la Iglesia adquirió cada vez un papel más importante en la institución asistencial. En palabras de un entrevistado, “la carga política era muy poca, todos sabíamos que los rojos habían sido muy malos y poco más, pero la carga religiosa era [...] aplastante [...] porque todo era pecado” (p. 155).

Las duras condiciones de la posguerra hicieron aparecer otro tipo de niños acogido a Auxilio Social, como se ve en el capítulo segundo: los hijos de la miseria y de la autarquía, procedentes de

familias destrozadas por la enfermedad, muerte o abandono de los padres y la falta de recursos económicos, y/o de mujeres viudas o abandonadas, hubiera sido cual fuera el perfil político de sus maridos. Los “niños del Auxilio Social” fueron hijos de sectores marginados tanto por razones políticas, como económicas: las entrevistas muestran que las razones de la entrada en Auxilio Social en los años cuarenta “estaban relacionadas con las condiciones de pobreza y miseria, y no tanto con los factores de tipo político” (p. 98). En palabras de uno de los entrevistados, en el hogar en que estuvo alojado “éramos la mitad rojos y la mitad azules” (p. 116).

Las entrevistas también reflejan las dificultades para precisar las circunstancias familiares propias y el desconocimiento casi absoluto de las historias familiares de los compañeros. El silencio sobre estos temas parece una norma implícita y que ha perdurado hasta la vida adulta de todos los entrevistados. Esto no quiere decir que no estuviera claro de que *bando* provenían los niños para los responsables de la institución: según una de las entrevistadas, “las monjas nos decían que cuando dieran la vuelta a la tortilla nosotras las mataríamos” (p. 30). Sin embargo, se destaca que “prácticamente ninguno de los entrevistados ha ofrecido una interpretación de esa experiencia como el resultado de un sistema político” (pp. 29-30). Al extenderse la idea de que Auxilio Social era una nueva versión de la beneficencia *de siempre*, “el sentimiento de ser diferente o de estar señalado socialmente” por haber estado en uno de sus hogares “ha marcado profundamente la vida de muchos de los acogidos” (p. 237). El contexto de recuperación de la *memoria histórica* de los últimos años ha hecho que los entonces niños ya no oculten su pasado familiar republicano, pero otra cosa son las historias familiares marcadas por la exclusión social, que tienden a querer olvidarse.

También es la difícil situación familiar la que hace que en los testimonios recopilados por la autora se vea en ocasiones a Auxilio Social de forma *positiva*. Casi todos los entrevistados han salido adelante y muchos atribuyen sus logros, en mayor o menor medida, al respaldo educativo que les proporcionó dicha organización, aunque los medios rudimentarios con que contaba también quedan a la vista. Y es significativo que esta investigación comenzara por dos testimonios enviados por escrito a Ángela Cenarro que cuestionaban la imagen

negativa que ella ofrecía de Auxilio Social en *La sonrisa de Falange*. Sin embargo, la *regeneración* de los más pequeños a través de la disciplina y la religión estuvo muy lejos de llevarse a la práctica y muchos de los entrevistados forjaron una identidad crítica, cuando no claramente disidente, con respecto a la dictadura, manteniendo generalmente una continuidad con sus identidades familiares.

Los testimonios confirman la rígida reglamentación y disciplina y los duros castigos que se aplicaban, que iban mucho más allá de los “castigos pocos y justos” de que se hablaba oficialmente (p. 166): el recurso a ellos y a las humillaciones públicas estaba a la orden del día. Más allá de los castigos se destaca la falta de afectos y el aislamiento, en los que influía la separación por sexos y edades aplicada de forma muy rígida y que llevó a la separación de hermanos, las escasas salidas del hogar por las dificultades de los padres, un régimen de visitas muy estricto, la censura e inspección de la correspondencia o la existencia de un ocio vigilado y muy limitado.

Además, la comida era escasa y mala y, por esto, las vivencias no controladas por los responsables de los centros se centraban en la búsqueda de comida frente al “hambre tremenda” de que habla uno de los entrevistados (p. 178): “masticábamos la suela de crepe de los zapatos”, papel, bichos y hasta “los devueltos”, recuerda otro (pp. 181-182). La lógica económica de la posguerra se utiliza para explicar el hambre, pero no puede explicar la sed que se pasaba: “Cuando llueve, llueve agua, bastaría con poner unos pucheros...” (p. 183). Y es que el libro está escrito con una gran seriedad y rigor, pero también con una gran sensibilidad hacia la dureza de las experiencias cotidianas vividas por los entrevistados y hacia sus *anécdotas*, que se mueven entre la tristeza y la ingenuidad de sus entonces visiones infantiles y cuyos testimonios están llenos de contradicciones y ambivalencias.

Las formas de enfrentarse a esta situación, como en otros casos de establecimiento de un poder disciplinario, fueron variadas y se movieron, como resume el título de un apartado del libro y se refleja en los testimonios, “entre la indiferencia, la aceptación y el rechazo”. Los mecanismos para sobrevivir, individuales o colectivos, que se pueden incluir en el difuso concepto de “resistencias cotidianas” incluyeron establecer pocas pero fuertes relaciones de amistad, dibujar, relatar historias, modificar letras de canciones, intentar mantener los vínculos familiares –especialmente entre los

hermanos– o escapar de los hogares, mecanismos que se analizan con detalle en el libro.

Como concluye la autora, aunque se hablaba en la época y se sigue hablando de “los niños del Auxilio Social”, son un colectivo heterogéneo y carecen de una identidad colectiva como tales, aunque sí tienen un deseo de reconstruir su historia personal. En este sentido, es imprescindible mencionar la serie de comics *Paracuellos*, sobre el hogar de Paracuellos del Jarama, escrita por Carlos Jiménez, el mismo niño del Auxilio Social y uno de los entrevistados en este libro. Sí coinciden los entrevistados en haber construido sus identidades no solo en torno al concepto de *víctimas*, sino también al de *supervivientes*: como dice uno de ellos, “hemos sobrevivido muy fuertes” (p. 288).

Este libro destaca, además de por la novedad de su objeto de estudio concreto, por mostrar el papel de la memoria, las experiencias previas y la subjetividad en la historia, en la construcción de las identidades y memorias colectivas, y en la conformación de los actores sociales –individuales y colectivos– que son los protagonistas del desarrollo social y, por tanto, son de gran importancia en el estudio histórico. Destaca también la importancia de las fuentes orales, no solo para llegar a donde no llegan las escritas, sino también para bucear en las complejidades de la memoria subjetiva. Y es que, aunque coexisten memorias diferentes y el conocimiento histórico debe ir más allá de ellas, las memorias son también objeto de la historia y, al influir en los sujetos históricos, influyen en el desarrollo de la historia misma.

Cuenca Toribio, José Manuel, *Evolución socio-política del siglo XX. Una introducción*. Córdoba, Universidad de Córdoba, 2012, 220 pp.

Por Francisco de Paula Villatoro Sánchez
(Université Paris Ouest Nanterre-La Défense)

La conclusión de una centuria ha sido siempre motivo de reflexión entre los profesionales de las ciencias sociales y humanísticas, más aún entre los historiadores, dedicados de lleno al estudio del tiempo. En el caso concreto del siglo XX motivos específicos, más allá de su evidente cercanía, hacen sugerente su estudio y su análisis a los ojos de la historiografía. Así, el siglo donde probablemente el ser humano ha alcanzado sus mayores cuotas en todos los ámbitos, tanto desde el punto de vista positivo